

JOSÉ MARTÍ, REVOLUCIONARIO PRECOZ Y MÁRTIR

Por Héctor Pedreañez Trejo*

En heredero o, mejor, en espontáneo consignatario del ideal de redención de la esclavitud antillana, se convertiría José Martí (La Habana, 28-1-1853 / Dos Ríos, Oriente, 19-5-1895), poeta, prócer y mártir de la emancipación cubana cuando, aun desde el alba –entre la niñez y la adolescencia- de su provechosa, aunque accidentada y corta, singladura existencial, comprendió la tragedia de la negritud, del mulatismo y las del guajiro y de los blancos pobres, quienes medraban en duras faenas agrarias con bajos empleos, sometidos a inicua condición y maltratos, aquellos con la cruda sevicia de sus amos y los demás –los otros de acá, los de clases sociales supuestamente libres-, entre la indefensión y los afanes nunca bien retribuidos por sus empleadores con la justedad del jornal debido al esfuerzo puesto en la tarea contratada y su cabal cumplimiento. Tal iniquidad y trato afectaba asimismo a los blancos criollos venidos a menos o carentes de bienes de fortuna y a los peninsulares pobres, a esa misma clase que –durante el régimen colonial en Venezuela- equivalía al estrato marginal de los blancos de orilla: artesanos, jornaleros, peones de hatos, pulperos y “pobres de la tierra”, como los llamó Martí. Es decir: al populacho o gente humilde dedicada a bajos menesteres u oficios de secundones, y que, por supuesto, eran proclives a la segregación por parte de la clase económica y políticamente alta o más poderosa, y también a tener que resignarse, a duras penas, como víctimas propicias de los abusos de poder perpetrados por los esbirros del Gobierno colonial.

Los padres de José Martí –bautizado este como José Julián- pertenecían a la clase trabajadora. Eran españoles llegados a Cuba en busca de mejor fortuna: a finales del 50, su padre, el valenciano Mariano de los Santos Martí y Navarro, no vino en la ávida moralla de cuasi-indigentes –de esos que en los siglos anteriores, después de atesorar copiosas fortunas, retornaban a la Península donde se les reconocía con el cognomento de “indianos”-, sino enrolado con el modesto empleo de sargento primero, en el numeroso contingente militar solicitado por el general José Gutiérrez de la Concha (1850-18529 para ‘pacificar’ a sangre y fuego tanto la resistencia de los blancos criollos como la de los mulatos y negros, y la rebeldía de los esclavos.

En el 52, Mariano Martí celebró nupcias con la tinerfeña Leonor Antonia de la Concepción Micaela Pérez y Cabrera, mujer de muchos nombres y de muy templado carácter, natural de Santa Cruz. En Cuba, aquel fue ascendido luego al grado de sargento de brigada del Real Cuerpo de Artillería; y, sucesivamente, al de

* Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española.

subteniente del Regimiento afín de la fortaleza de La Cabaña, en La Habana: empleo que por su deplorable carácter no supo conservar. Si al principio el matrimonio pudo subsistir con relativa holgura, después, a medida que crecía la familia, aumentaron también las estrecheces del hogar. La intemperancia del padre y su inestabilidad laboral trajeron consigo, a la vez, el infortunio.

Procurando mejorar la situación, la familia regresó a Valencia (Esp.), donde ya la madre de Mariano había muerto y –vuelto a casar su padre– contaban con una herencia que les permitió pagar el viaje y permanecer allá, con las mismas privaciones, durante casi dos años (1857-1859). Procrearon ocho hijos: José, el primogénito –y siete hembras: cinco nacidas en La Habana y dos en Valencia–, Leonor (1854), Mariana Matilde (Cuba, 1856- México 5-1-1875), María del Carmen (Val., 1857), María del Pilar (Val., 1859 / + Méx., 12-11-1865), Rita Amelia (20-1-1862), Antonia Bruna (6-10-1864) y Dolores Eustaquia, (2-1-1865, n. diez días antes de morir María del Pilar)–. Con tal familia y su agrio temperamento, según Luis Toledo Sande, acucioso biógrafo del prócer: “Mariano afrontó contratiempos y despidos como consecuencia, incluso, de una honradez difícil de mantener en un régimen caracterizado por la corrupción y el favoritismo”.

Ejerció, siempre a la deriva, diversos oficios afines a la actividad militar: en el 62 “fue destinado al cargo, quizá poco codiciado, el Juez Pedáneo”, en la jurisdicción, hoy inexistente, de Caimito del Sur o Caimito de Hanábana (en Matanzas), puesto de resguardo del orden público y represión de la trata negrera, ya prevista la abolición de la esclavitud por convenio entre España y la Gran Bretaña. Y Mariano llevó consigo de amanuense, para que le redactara los Informes requeridos, a su eficiente hijo, de apenas nueve años, que ya revelaba su precocidad intelectual.

La sensibilidad de Martí fue allí conmovida por hechos tan viles como un subrepticio desembarco de esclavos y la bestialidad del bocabajo, evocados por el poeta veintiocho años después, ambos como el franco anhelo de un niño y su verdadero juramento de hacer justicia, en un muy revelador pasaje de sus Versos sencillos:

Rojo como en el desierto,
salió el sol al horizonte,
y alumbró a un esclavo muerto
colgado a un seibo [sic] del monte.

Un niño lo vio: tembló
de pasión por lo que gimen
y, al pie del muerto, juró
lavar con su sangre el crimen.

De tal modo, a lo largo de su breve vida, acaso documentado en la secuencia secular de la lucha de los esclavos por su libertad y la de sus aguerridos defensores, el poeta y ferviente ideólogo –y también mártir–, mantuvo viva e incólume la

Héctor Pedreáñez Trejo. José Martí, revolucionario precoz y mártir.

llama de su fe, difundiendo siempre su ineludible credo emancipista, y la confianza en su capacidad de lucha, aunque la adversidad le seguía los pasos y lo acosaba con los asomos premonitorios de su trágico destino.

Los biógrafos y comentaristas de las luchas y obra multifacética de José Martí destacan los primeros estudios realizados por este llamado “apóstol de la libertad de Cuba” y depurado poeta premodernista, en los Colegios San Anacleto, de Rafael Sixto Casado, y en el San Pablo donde, con el sucesivo y fructífero mecenazgo y las orientaciones del pedagogo y poeta Rafael María Mendive (1821-1886), Martí acrisoló su formación integral, a la vez que pareció recibir –como un magno elegido– la unión extraordinaria de los libertadores y el estímulo a sus recia prestancia e inequívoca proyección grandiosa en la lucha hacia su futura fama y definida gloria. El augusto maestro, además de estimular en su discípulo y protegido la curiosidad intelectual, la generosidad, una excepcional habilidad literaria y la innata pasión poética, le infundió y forjó la conciencia de la rebeldía política y el patriotismo revolucionario.

Al amparo de Mendive, en sus años augurales, Martí devino fecundo literato, rebelde escritor –acendrado ensayista y periodista–, y extraordinario poeta de versátil numen, considerado por la crítica enterada y exigente como uno de los más avanzados precursores del movimiento modernista. Y así, el 19 de enero del año 69, publicó su primer artículo, el editorial de la única edición de El Diablo Cojuelo, periódico presuntamente redactado por él y dirigido por su entrañable amigo y condiscípulo –y también su benefactor– Fermín Valdés Domínguez; en él, el lúdicro humor de Martí, entra con buen pie:

Nunca supe lo que era público, ni lo que era escribir para él, mas a fe de diablo honrado, aseguro que ahora como antes, tampoco tuve miedo de hacerlo.

En tal efervescencia editorial, dos días después, el 23 de enero, sale el único número también, de su primer periódico, La Patria Libre, en que se ha querido ver la austera impronta del maestro Mendive, y en que incluye su drama en verso Abdala, una alegoría de la situación política de Cuba.

Pero antes que diseñar en amplitud otra biografía de Martí –cuyos meandros y encontradas corrientes han baqueado con mejor pericia muy reputados biógrafos e historiadores connacionales suyos y de diversos países hispanoamericanos, como el ecuatoriano Alfonso Rumazo González, recientemente fallecido (1902)–, aquí solo se trata de destacar primordialmente su actividad como uno de los más dotados promotores y líderes en la última y definitiva etapa de la guerra de independencia de su patria y su fervorosa admiración del genio de Simón Bolívar.

José Martí fue un perseguido político desde la edad de dieciséis años. Según cierta cognominación estudiantil de su tiempo, perteneció al contingente clandestino de alumnos patriotas, los llamados “bijirita, pequeña ave cubana”, unidos tras la égida y con el acicate emancipista del pedagogo y poeta Mendive, en cuya

casa Martí pasaba la mayor parte de su tiempo como si residiera en ella. Los bijiritas eran declaradamente hostiles a sus repudiables condiscípulos “afeptos al régimen colonial, los gorriones, acaso por cierto parecido de esaavecilla con el uniforme del ejército español”.

Cuando se produjo el “grito de Yara” (10-10-1868), el adolescente José Martí, acaso por las distintas y conocidas circunstancias de su incipiente vida, no estuvo efectivamente vinculado a la guerra de Céspedes. Aunque –apenas con un poco más de quince años– sí había adquirido la conciencia del necesario y arduo batallar contra la injusticia y por la libertad. Sin embargo, un año más tarde, se le vio involucrado en ciertos incidentes de carácter político, a raíz del malentendido o mala intención de una ronda del cuerpo de Voluntarios, que pasó frente al hogar de los hermanos Eusebio y Fermín Valdés Domínguez, y que acusó a los que allí estaban de haberles faltado el respeto. La casa fue allanada en la noche y detenidos aquellos, a quienes se sumaron luego Santiago Balbín, el francés Atanasio Fortier y Manuel Sellén, y llevados a la Cárcel Nacional. Pero a Martí se le apresó después, concretamente por haber hallado los esbirros una carta firmada por él y Fermín Valdés Domínguez, dirigida a su condiscípulo Carlos de Castro y de Castro, objetándole el haberse “alistado como cadete en el Ejército español”; y cuya plena autoría asumió el poeta quien, acusado de ser enemigo declarado de España, fue enjuiciado por un Consejo de Guerra y condenado a seis años de presidio, aunque se dijo que lo sentenciarían a muerte, de los cuales pagó quince meses.

El 22 de enero del 69 fue encarcelado. Se le rapó la cabeza y le herraron al tobillo derecho “un grillete unido por gruesa cadena a otra que le rodeaba la cintura”, y fue confinado a “trabajo forzado en las canteras de San Lázaro” (4-4-1870). Allí cumplían igual pena dos ancianos: Nicolás del Castillo, de setenta y seis años, a diez de presidio, quien presentaba una llaga que con escasos vacíos cubría casi toda la espalda del anciano; el esclavo Juan de Dios, de más de cien; y los niños Lino Figueredo, de doce años y con una condena a diez años; y asimismo el negro Tomás, de once.

Luego, por la tenaz solicitud de sus padres, debido a la deteriorada salud de Martí y a las graves lesiones que los grilletes y cadenas le venían produciendo, le amenguaron el rigor de la pena llevándolo a la cigarrería del penal (15-1-1871), de aquí a La Cabaña; y, por último, bajo la vigilancia de José María Sardá, arrendatario de las canteras y amigo personal del Gobernador se trasladó a la isla de Pinos, en la que permaneció desde el 13 de octubre del año 70 hasta que salió deportado a España (15-1-1871), a seguir allá sus estudios. Entonces José Martí frisaba ya los dieciocho años.

A partir de este momento, Martí vivió siempre en el exilio. En Madrid, como quien dice: en la boca del lobo, comenzó a forjarse su acerada reciedumbre revolucionaria. Publicó un testimonio de su tragedia particular, -El presidio político en Cuba (1871)-, y la hoja suelta El día 27 de noviembre de 1871, que apareció firmada por Fermín Valdés Domínguez y Pedro J. De la Torre, en la cual condenó los

Héctor Pedreáñez Trejo. José Martí, revolucionario precoz y mártir.

fusilamientos de los ocho estudiantes de medicina de La Habana, perpetrados en ese año por los Voluntarios, acusados del infundio de haber profanado ellos la tumba de un notorio periodista hispano, Gonzalo Castañón, director de La Voz de Cuba.

Castañón murió en Cayo Hueso, en duelo con el cubano Mateo Orozco, y su cadáver trasladado a La Habana donde se le rindieron honores. Ante el hecho, probado como incierto, de aquella profanación, los Voluntarios apresaron a centenares de estudiantes de Medicina, de los cuales –bajo la presión de dicho cuerpo represivo para que se les juzgara, y con la anuencia y firma del Gobernador, conde de Valmaseda, El Pacificador –lo llamaban también el Tigre de Bayamo, por su triunfo en El Salado y el rescate de Bayamo-, a quien se le carga, además del fusilamiento del poeta Juan Clemente Zenea, el trágico episodio final- fueron sentenciados y ejecutados “junto al paredón de Punta, donde hoy se levanta el monumento que proclama la inocencia” de los estudiantes Alonso Álvarez de la Campa, Anacleto Bermúdez, Eladio González, Ángel Laborde, José de Marcos y Medina, Pascual Rodríguez y Pérez, Carlos A. De la Torre y Carlos Verdugo . Asimismo, en el 73, Martí escribió el alegato La república española ante la Revolución cubana, y el poema A mis hermanos muertos el 27 de noviembre, incluido por Valdés Domínguez en un libro de condena a tan horrenda ejecución.

Pero, no solo ese crimen fue baldón para el gobierno hispano: en el 73, fueron fusilados cincuenta y nueve personas, entre tripulantes y expedicionarios del vapor norteamericano Virginius, hecho que estuvo a punto de encender la conflagración de los Estados Unidos contra España. en ese tiempo, los revolucionarios, con Máximo Gómez al frente, organizaron un ejército de mambises para invadir La Habana y Matanzas cuyos pobladores –igual que en Pinar del Río- en su mayoría estaban alineados con el Gobierno.

Durante esa suerte de ostracismo (1871-1878), sin fecha preestablecida para el regreso, Martí recorrió la Península, conoció Francia y, de modo raudo Inglaterra de paso hacia Nueva York a fines del 74. y solo en tres breves etapas de su larga singladura, de las estancias que han sido objetos de especiales indagaciones por parte de sus biógrafos, regresó a La Habana. Residió en Nueva York, siguió a México, donde selló una sincera y prolongada amistad con Manuel Mercado y se comprometió con Carmen Zayas Bazán; y también vivió en Guatemala, rodeado de nuevos y generosos amigos, como su coterráneo José María Izaguirre, rector de la Escuela Normal, entregado en esta a la docencia y, en sus escritos, la tribuna pública, al periodismo, y a la difusión de su credo político cónsono con la prédica de su idea sobre la integración de nuestra América. Aquí se le atribuyó un ligero amorío con una adolescente, hija de su amigo Miguel García Granados: María –acaso una eventual alumna suya enferma de tuberculosis, en quien la crítica ha creído identificar La niña de Guatemala-, falleció en ese mismo año:

dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

[...]

Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor:
el volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

[...]

Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
el volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Su primer regreso a La Habana lo realizó en enero del 77, identificado como Julián Pérez, su segundo nombre y segundo apellido: iba a preparar el regreso de su familia, que se había residenciado en México; y antes de los dos meses volvió a esta ciudad. Y en abril ya se hallaba ubicado en Guatemala. En otro corto viaje de ida y vuelta estuvo en México, para casarse: con Carmen.

Entonces, viéndose Martí en un ambiente hostil y enrarecido por sus émulos y el gobierno guatemalteco, prefirió volver con Carmen en estado gravidez, por segunda vez a Cuba con la intención de hallar trabajo y quedarse definitivamente: partió el 27 de julio, y -tras una estancia de pocos días en Tegucigalpa- de nuevo en La Habana (31-8-1878) como en las organizaciones conspirativas coordinadas desde Nueva York por Calixto García, presidente del Comité Revolucionario Cubano. Su hijo José Francisco –el único de Martí- nació el 22 de noviembre.

Para procurar el sustento de su familia también laboró circunstancial y sucesivamente en los bufetes de los conocidos autonomistas Nicolás Azcárate y Miguel F. Viondi, quienes en conciencia de las ideas independentistas de su empleado, apañaban sus conciliábulos de carácter conspirativo previos a la Guerra Chiquita. Se le nombró vicepresidente del recién fundado Club Central Revolucionario Cubano, de breve vida, pues su actividad cesó debido al estallido de dicha guerra, de que también era parte junto con su nuevo amigo y ferviente compañero de lucha, el negro Juan Gualberto Gómez (Sabanilla del Encomendador, 1854 La Habana, 1935), hijo de esclavos, un políglota formado en París y viajero por Europa, eventualmente sirvió como intérprete de Francisco Vicente Aguilera.

Juan Gualberto era independentista defensor de su estirpe, maestro, periodista y escritor. Con él –que regresó de Europa después de la firma del Pacto del Zanjón (1878)- coincidió Martí en la conjura; y, por ello, en el 79, ambos cayeron presos y sucesivamente, otra vez, fueron deportados a España: se les recluyó brevemente en la cárcel de Ceuta.

Sin embargo, este segundo y brevísimo destierro fue burlado por Martí quien, habiendo obtenido permiso para trasladarse a Madrid, salió de aquí subrepti-

Héctor Pedreáñez Trejo. José Martí, revolucionario precoz y mártir.

ciamente hacia París, y luego hacia Nueva York (3-1-1880), donde residió y se integró al Comité Revolucionario Cubano. Y, casi de inmediato, a la agobiada Venezuela de Guzmán Blanco, del 20 de enero al 28 de julio de 1881). Su permanencia acá fue asimismo por corto tiempo, pues, carecía de recursos económicos y, aunque el venezolano Nicanor Bolet Peraza “trató de disuadirlo”, acató el consejo de otros proscriptos de ir a buscar un “trabajo digno en Venezuela”.

El poder entonces era opresivo en mi patria –narra el ilustre exiliado, perseguido por la dictadura de Guzmán Blanco- .[...]. El éxito corruptor, con su mano guantada de oro, todo lo acallaba y solo tenían voz el ditirambo en la literatura, la denuncia en el periodismo, la loa bizantina en la tribuna. Martí, no obstante, se fue allá.

Además de la urgencia económica, motivó este viaje a dicho país la proyección trascendental de la gesta del Libertador, siempre actual en su ideario independentista. Se inspiró en él, puesto que era “Bolívar más grande que César porque fue el César de la libertad”. Y, como era su ejemplo, porque como él dijo en el Manifiesto de Carúpano; “Dios concede la victoria a la constancia”: “Un puñado de hombres, empujado por un pueblo, logra lo que logró Bolívar; lo que con España, y el azar mediante, lograremos nosotros”.

Pero en Caracas, el predominio narcisista de Guzmán Blanco exigía genuflexiones y loas, y como Martí era un idealista con el cuerpo y el espíritu para siempre dolorosamente lacerados, jamás pudo doblegarse o postrarse ante las botas de ningún déspota soez o de baja ralea, en un país envilecido en la sumisión, como el México de Porfirio Díaz y la Guatemala de Justo Rufino Barrios; ni humillado bajo la férula de un engreído autócrata, como el de la Venezuela que, aun así, contó con la irreversible valentía de admirables pensadores de la talla de Cecilio Acosta (San Antonio de los Altos, 1818 –Caracas, 1881), enemigos de la autocracia.

Así pues –como venía haciendo desde sus dos confinamientos en España, y en su exilio, en Nueva York, las ciudades de México y Tegucigalpa, y en su vuelta a La Habana-, entonces en Caracas también ejerció la docencia, colaboró en el periódico La Opinión Nacional, y fundió la Revista Venezolana, cuyo segundo y último número fue dedicado al recién fallecido humanista Cecilio Acosta, y así alabó a ese hombre que: “de pie en su época vivió en ella y en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Cuando el alzó el vuelo, tenía limpias las alas”.

Ese póstumo panegírico hirió hondamente la susceptibilidad del autócrata, quien conminó al poeta a dedicarle el tercer número de su revista, si no “su Director abandonaba el país inmediatamente”. Y Martí no iba quedarse aquí. El 28 de julio, envió una esquila de despedida a Fausto Teodoro Aldrey, director de La Opinión Nacional, en la cual reveló su amor por nuestro país: “Deme Venezuela en qué servirle; ella tiene en mí un hijo”. Antes de partir, sus amigos de Caracas, lo agasajaron afectuosamente. El pasaje fue costado por su ilustrado amigo Arístides Rojas.

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Así, sucesivamente, en la conmemoración del centenario del natalicio de Bolívar –y va de referencia-, pronunció un discurso “ante los diplomáticos latinoamericanos en un restaurant de Nueva York”, elogió, en un artículo, “una excelente estatua de Bolívar, obra del escultor venezolano Rafael Cova”; y, con motivo de la gran fiesta de los hispanoamericanos, reseñó el acto, en el que él también tomó la palabra con su característica vehemencia: su discurso fue respondido por el poeta Juan Antonio Pérez Bonalde, quien trazó una semblanza de Francisco de Miranda. Ahí, entre otros elogios al Héroe Magno, dijo Martí:

Bolívar, de un tajo de palabra, hendía a un déspota, y de un vuelo de frase immortalizaba a un hombre [...] Nada fatigó tanto a Bolívar, ni le entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo decoro los pueblos de la América naciente.

Contradijo al historiador José María Vergara, empeñado “en exaltar, por sobre toda la gloria americana, las glorias de España”.

¡Qué erguirse, con miradas y silbos de culebra, contra Bolívar! ¡Qué gigante este, que pasó de tal suerte, que cincuenta años después de su hundimiento, aún levanta estas negras espumas!

Y, en su revista *La Edad de Oro* (Nº 1), el fervor bolivariano y su amor por la libertad en el Continente americano llevaron a Martí a dedicarles sendas semblanzas emocionadas al Libertador Simón Bolívar, quien “no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre”; al cura mexicano Miguel Hidalgo y Costilla (Hacienda de Corraleja, Pénjamo, 1753-Chiguagua, 1811), que “declaró libres a los negros” y “les devolvió sus tierras a los indios”; y al argentino José Francisco de San Martín (Yapeyú, Corrientes, 1778-Boulogne sur Mer, Fr., 1850), que “sable en mano [...] se fue detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera”. Tres colosales próceres llamados Padres de sus respectivas patrias.

La última vez que Martí estuvo en Cuba fue a partir del 11 de abril del 95, en que arribó con su expedición y corta campaña, junto con Máximo Gómez y otros compatriotas: en el vapor Nordstrand llegaron a Las Playitas, al sur de Camagüey, para iniciar la guerra definitiva que daría la libertad a la Isla en el año 98. ya habían transcurrido 27 años desde que fue deportado por primera vez. Y, del mismo modo que a Miranda –con su ideal de libertad continental a cuestas, en viajes de aprendizaje universalista por el escenario de la guerra de independencia de los Estados Unidos y por distintos países del viejo continente, siempre acosado por los esbirros de la Monarquía española-, así mismo el desterrado José Martí, irredento peregrino solitario por la geografía de Europa y de América, desde su adolescencia fue acumulando los conocimientos necesarios para sustentar su compromiso político-social y erigirse como el auténtico adalid ideológico y activo de la emancipación de Cuba.

Héctor Pedrañez Trejo. José Martí, revolucionario precoz y mártir.

Siempre había disentido de la efervescencia guerrerista que amella en vano sus armas y aplaza la ansiada concreción del ideal de libertad para, al final, prohiñar ignaros caudillos y soeces déspotas endiosados, de cascorva andadura y torvo pensamiento. Asimismo, también estuvo lejos de los obtusos reformistas y autonomistas –aunque se vio vinculado eventualmente con algunos de ellos–, casi todos apegados visceralmente al sistema monárquico como ilusos pretendientes de limitadas concesiones que, de haberseles dado, no irían a desprender jamás a la Isla de la tutela peninsular, como bien lo apreciaron los independentistas en armas en la guerra de Céspedes, en la Chiquita y, sobre todo en el 97, cuando las Cortes aprobaron la Constitución autonómica de Cuba y Puerto Rico (22 de nov.), al rechazarla y mantenerse en pie de guerra. Y, sobre todo, de los versátiles isleños presuntuosos que pululaban, tanto en su patria como fuera de ella, en los mentideros y reductos propicios para ello, del gobierno metropolitano como mendingando solo boronas de ostentación cortesana y mezquinas migajas de derechos civiles, económicos y políticos: de todos esos que, bajo el eterno amparo y mimo de la Corona, ansiaban satisfacer la vanidad, si no plenamente igualados con los peninsulares, mediante determinadas prerrogativas o privilegios graciosos o reales, como ocupar curules en las Cortes. Y, mucho más, de los anexionistas de todos los signos, partidarios de entregar la Isla como botín a otro territorio continental –como Norteamérica, que merodeaba golosa por las islas del entorno, en dos océanos, y también con la pretensión de echarle mano a la península de Yucatán.

Pero en Cuba, no solo Martí llevó en su espíritu y a flor de labios el ideal y el nombre de Bolívar. Otros héroes allá marcharon hasta la muerte o el triunfo definitivo, detrás de la radiante égida ideal de Simón Bolívar; proclamando como él su credo y programa revolucionario. Entre ellos, los comisionados José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt y Cisneros, Fructuoso del Castillo el argentino comprometido con Cuba, José Antonio Miralla que, en los años 24 y 27, fueron a Caracas tratando con relativa suerte, mas no en el propósito final, de entrevistarse con el Libertador.